

XL

PATENTES DE CORSO

Del 15 de Noviembre de 1864 al 31 de Diciembre de 1865

Estando en Oaxaca, se me indicó, por una casa de San Francisco California, que si podía darle una o más patentes de corso para hostilizar al comercio francés, me facilitaría armas y otros elementos de guerra que necesitaba urgentemente y que tenían entonces gran valor para mí. Con este objeto escribí a nuestro Ministro en Washington, el 15 de noviembre de 1864, suplicándole solicitara del Gobierno Federal me autorizara para que expidiera yo ese género de patentes, o me remitiera algunas en blanco.

Esta solicitud fué favorablemente aceptada por el Gobierno Federal, quien mandó desde el Paso del Norte a nuestra Legación en Washington, el 12 de junio de 1865, veinte patentes en blanco para que me fueran remitidas a Oaxaca.

Las patentes llegaron a nuestro Ministro en Washington, cuando la ciudad de Oaxaca se había rendido a los franceses, y yo estaba prisionero en Puebla. Por este motivo la conservé en su poder para mandármelas cuando volviera a tomar las armas en contra de la intervención, o remitirlas a mi sucesor en el mando de la línea de Oriente. Cuando el señor licenciado Benítez regresó de los Estados Unidos, después de mi evasión de Puebla, en diciembre de 1866, Don Matías Romero le entregó en Washington las patentes expresadas para que me las diera al incorporarse. Las recibí en efecto cuando se me incorporó Benítez, pero considerando peligroso el hacer uso de ellas, en todo caso, y no teniendo por otra parte necesidad urgente de servirme de las mismas, no llegué a usarlas,

XLI

PREPARATIVOS PARA EL SITIO DE OAXACA SAN ISIDRO

Del 17 al 27 de Diciembre de 1864

El 17 de diciembre de 1864 se reunieron en la Carbonera la columna de Curtois d'Hurbal y la de Brincourt y descendieron juntas a Etna. Yo tenía en su observación en la hacienda de San Isidro, inmediata a Etna, la brigada de caballería que mandaba el Coronel Jerónimo Treviño, con su puesto avanzado en Tenexpa, cerca del enemigo, que cubría el escuadrón irregular que mandaba el Coronel Ladislao Cacho.

El día 18 recibió el Coronel Don Félix Díaz, que tenía el mando por ausencia de Treviño, repentinamente aviso de que el puesto había sido forzado, y como la brigada se mantenía con la caballada ensillada, mandó Díaz que salieran violentamente los lanceros de Oaxaca. Apenas había salido ese regimiento a formar fuera de la casa de la hacienda, cuando llegaba a todo escape y sufriendo grandes pérdidas la caballería del Coronel Cacho. En un momento se chocaron las fuerzas francesas que perseguían a Cacho con los lanceros de Oaxaca, que se les aparecieron dentro de la polvareda que habían levantado aquellas; dando un choque tan fuerte a los cazadores de Africa, que venían batiendo a arma blanca a los prófugos, que los cazadores voltearon caras instantáneamente y

fueron perseguidos por más de tres leguas, por los lanceros de Oaxaca y la Legión del Norte, que salió tan pronto como pudo a tomar su lugar en la persecución.

El coronel Díaz continuó la persecución hasta encontrar el grueso del enemigo que venía en marcha sobre el camino. Después de un ligero cañoneo sobre nuestra caballería, se retiró ésta a la Hacienda Blanca, sin que la caballería enemiga se atreviera a perseguirla.

La caballería francesa sufrió fuertes pérdidas en ese cho que, y en él sucumbió el conde de Loire. En ese hecho de armas se hizo muy notable, por su valor personal, el Mayor de la Legión del Norte, Don Basilio Garza. El enemigo quedó dueño de la villa de Etlá, haciendo al día siguiente grandes funerales a los oficiales muertos allí, y especialmente al conde de Loire.

Pasados cuatro o cinco días, el General Curtois d'Hurbal vino personalmente a hacer un reconocimiento a los alrededores de la ciudad con una fuerte columna de zuavos, cazadores de Africa, húsares de la guardia y una batería de la artillería de la guardia, volviendo en seguida a su campamento de Etlá.

Después de algunos días, supe de una manera segura que el General Bazaine se dirigía para Etlá por el camino de la Mixteca, con una escolta de 500 zuavos, media batería de cañones y 300 caballos. Me pareció que la brigada de caballería podía prestar un importante servicio, batiéndolo antes de que se incorporara al núcleo de tropas que ocupaban la villa de Etlá, y di órdenes con ese objeto al Coronel Treviño, quien se dirigió con su brigada al encuentro de Bazaine: pero en la noche, víspera del día en que debía encontrarlo y batiéndolo, desapareció el Coronel Treviño con la Legión del Norte y Lanceros de San Luis, estando cerca de Tamazulapan, punto en que pernoctaba Bazaine, y se dirigió con la fuerza que lo acompañaba a la sierra de Tetela, del Estado de Puebla.

El Coronel Félix Díaz que se encontraba acampado a corta distancia, con su regimiento y con el escuadrón Cacho, no tuvo noticia del movimiento del Coronel Treviño sino hasta que amaneció, que eran precisamente los momentos en que ya el General Bazaine y su escolta se ponían en marcha, y nada serio pudo ejecutar porque quedó reducido a su regimiento que contaría 400 caballos y al escuadrón Cacho que tendría unos 60, y no se explicaba de pronto la ausencia del Coronel

Treviño con la mayor parte de la fuerza. En consecuencia se retiró a la vanguardia del enemigo tiroteándolo durante algunas horas, y después tuvo que caminar a campo traviesa sobre la sierra, para evadir el encuentro de otra caballería francesa, procedente de Oaxaca, que había salido para proteger a Bazaine.

Desde entonces ya no conté con el auxilio de la caballería fuera de la plaza, porque la que quedaba a las órdenes del Coronel Díaz, era muy poca para emprender operaciones de resultado práctico.

Para salir de la penosa disyuntiva entre el sitio y el abandono de la plaza, me ocurrió seguir haciendo todos los preparativos de sitio: pero no con el propósito de llevarlo a cabo sino de librar una batalla campal al llegar el enemigo a la plaza. Me ocurrió que una línea de batalla apoyando la derecha en el fortín de la Soledad que estaba artillado y a la izquierda en el monte Alban, estaría en muy buenas condiciones de combate porque haría todo su movimiento de reservas, provisión de municiones y servicio de ambulancia dentro de la ciudad, a cubierto de la vista y de los fuegos del enemigo. Si en esa batalla éramos vencidos, habríamos perdido en combate nuestra artillería pesada, y sus municiones, que de todos modos no podríamos llevar, habrían sido consumida en perjuicio del Enemigo. Sin dejar de contar con una victoria tan posible como la del 5 de Mayo de 1863, si al fin éramos derrotados, los restos que pudiéramos salvar serían visibles y ligeros, propios para la guerra de montaña que nos esperaba. Con objeto de proponer este plan y sus detalles, invité al General Benavides, Cuartel Maestro del Cuerpo de Ejército, para que me acompañara a caballo un día a las seis de la mañana, y lo discutimos estando solos los dos, porque como se comprende, para alcanzar éxito mi plan necesitaba ser desconocido e inesperado del enemigo, y para que lo fuera, era necesario que lo ignoraran también nuestros subordinados hasta el momento de ejecutarlo. Una vez en el terreno y propuesto el plan con sus detalles, que sería largo e inoportuno numerar aquí: pero que lo hacían muy aceptable, lo objetó el General Benavides por falta, en su concepto, de expedición en la maniobra de nuestras tropas, si se tenía en cuenta que se trataba de combatir a campo raso contra soldados de merecida fama, bajo el aspecto de su movilidad, pues debíamos proteger a nuestros soldados con las fortificaciones construídas

con tanto trabajo, para compensar la diferencia de disciplina en la que, con pena, era necesario conceder superioridad a los franceses.

En las conferencias militares que tenía yo costumbre de dar a los Generales y Jefes, comencé a notar que se acentuaba mucho la opinión en favor de la defensa, y en contra de mi idea: que el asunto se traía a cuestión con poca naturalidad, y que las razones aducidas eran las mismas expuestas por el General Benavides lo cual me hizo sospechar que no había sido él tan reservado como era necesario y como yo se lo encargué. Después de esto no me quedaba más recurso que aceptar el sitio.

Llamaré la atención aún después de esto, que con una fuerza relativamente pequeña, como la que yo tenía a mi disposición, que apenas llegaba a 2 800 hombres, emprendiera la defensa de una plaza que una vez sitiada por un enemigo tan superior, tenía que ser tomada: pero me resolví a proceder así, porque dejando como había dejado, fuera de la ciudad y a sus inmediaciones, una columna de mil caballos a las órdenes del Coronel Don Jerónimo Treviño, compuesta de los regimientos Lanceros de San Luis, Legión del Norte, Lanceros de Oaxaca y Escuadrón Cacho; y las Guardias Nacionales organizadas en todos los Distritos del Estado de Oaxaca, algunas de las cuales tenían de cuatrocientos a quinientos hombres que juntos podían presentar personal suficiente para emprender operaciones protectoras de la plaza, o a lo menos para cortar la comunicación del enemigo sitiador con su base de operación, me parece que eso era lo mejor que yo podía hacer. Desgraciadamente no se pudo realizar mi combinación porque el Coronel Treviño, como queda dicho se marchó con la Legión del Norte y Lanceros de San Luis, dejando a la caballería en un estado de suprema impotencia para proteger las Guardias Nacionales y para emprender operación alguna que pudiera causar dificultad al enemigo, y por la defección de algunas de esas guardias nacionales.

Me resolví además, a defender la plaza, porque todas mis municiones, artillería y talleres para elaborar municiones y el entretenimiento del material de artillería, habrían tenido que ser abandonados en la ciudad si yo hubiera emprendido marcha para alguna otra parte, puesto que no tenía la mulada que se necesitaba para su conducción; y mucho de lo que tendría que llevar, como era la artillería de ba-

talla, a ninguna parte podría ser conducida por falta de caminos, aun cuando hubiera tenido el ganado suficiente. Además, no tenía dinero con qué socorrer a mis soldados, pues mi único haber consistía en el acopio que había hecho de víveres, que tampoco habría podido llevar conmigo.

Nunca me imaginé que el resultado final del sitio fuera una victoria; pero sí creí que sería largo y que haría mucho perjuicio al enemigo, porque estaba seguro que la plaza no podía ser tomada por asalto, si a mis soldados les hubiera durado el vigor que tenían al comenzar el sitio, vigor que decreció sucesivamente desde que se supo la retirada de la caballería con el Coronel Treviño, la defección de la guarnición de Tehuantepec que era una de las que debían maniobrar por fuera, y la disolución de todas las demás Guardias Nacionales, que impotentes como se vieron por falta de la protección que esperaban de la caballería, se ocultaron algunas en los montes, se dispersaron otras y muchas entregaron sus armas al enemigo, por invitación que al efecto les hacía Don Juan Pablo Franco, nombrado por Maximiliano. Prefectó Superior del Estado de Oaxaca y que obraba por instrucciones inmediatas de Bazaine y contaba con la cooperación de varias personas influyentes de Oaxaca que hasta entonces habían sido liberales, y que por ese motivo tenían acceso e influencia con mis oficiales y soldados.

En suma, si yo hubiera abandonado la plaza cuando se acercaba el ejército francés, habría perdido sin combatir toda mi artillería pesada y la mayor parte del contenido de mis almacenes, y esa pérdida habría causado gran demoralización. Teniendo en cuenta todas estas circunstancias se comprenderá que, con gran repugnancia de mi parte, me ví obligado a aceptar el sitio.

XLII
SITIO DE OAXACA POR EL GENERAL
BAZAINÉ
AGUILERA

Del 28 de Diciembre de 1864 al 9 de
Febrero de 1865

Dos o tres días después del reconocimiento hecho por el General Curtois d'Hurbal, se movió toda la fuerza francesa y traidora y comenzó a establecer su sitio de contravalación. El General Bazaine llegó al campamento francés sobre Oaxaca el 15 de enero de 1865, y asumió desde luego el mando en jefe. Los franceses ocuparon primero lo que ellos llamaban primer dominante, y cuyo nombre vulgar es el Cerro Pelado Grande, el Monte Alban y el pueblo de Xoxo, y siguieron ocupando la línea no con resistencia decisiva, pero sí con pequeños tiroteos por parte de la plaza, que tendían a impedir o dificultar sus obras hasta cerrar su línea en San Felipe del Agua, que ocupó el General Jeanningros con los batallones cazadores de Africa de a pie y Legión extranjera.

El General Bazaine estableció su Cuartel General, al comenzar el sitio, en el pueblo de San Jacinto de Amilpas, y cuando lo hubo estrechado, lo trasladó a la Hacienda de Montoya.

Calculo que la fuerza que tenía Bazaine al cerrar el sitio ascendería a unos 9,000 hombres del ejército francés y cosa de 1,000 traidores, siendo los últimos de caballería. Al perder mi

caballería, me quedarían en la plaza 2,800 hombres, según he dicho ya.

La fuerza sitiadora se aumentó en los últimos días del sitio, porque sin duda cuando al General Bazaine hubo estrechado su línea y adelantado sus obras de aproche y tal vez fijado día para el asalto, comenzó a detener a las fuerzas que llegaban como escoltas de los convoyes que se les enviaban, que eran partidas gruesas, porque el Coronel Félix Díaz los hostilizaba en el camino, en términos que al fin del sitio la fuerza sitiadora había aumentado considerablemente lo mismo que su material, pues tenía hasta morteros de 14 pulgadas.

Durante el mes de enero de 1865, cuando el General Jeanningros ocupaba el pueblo de San Felipe del Agua con un batallón de cazadores a pie y otro de legión extranjera, surgió una disputa por la Hacienda de Aguilera que está entre la ciudad de Oaxaca y San Felipe del Agua, mucho más cerca de la ciudad que del pueblo, que no había sido ocupado por mi fuerza, porque mi personal disponible era poco y apenas me bastaba para defender el área de la ciudad. Sin embargo, como la hacienda quedaba entre ambos combatientes, sus dueños y vecinos la habían abandonado, y eso dió motivo a que la plebe, y entre ella algunos soldados, comenzaran a extraer las semillas que había en ella. Con este motivo, el 22 de enero de 1865 el General Jeanningros mandó unas compañías que batieron a los que saqueaban la hacienda y tomaran posesión de ella; pero como al ocuparla sin resistencia, pues aunque entre la masa desalojada había algunos soldados éstos estaban desarmados, hizo mucho alarde de victoria, me pareció que si no le apagaba su orgullo infundado, sufriría el ánimo de los míos, y entonces mandé al Mayor Don José Guillermo Carbó con la compañía de granaderos del primer batallón de Sinaloa, y la tercera del de Juárez, a desalojar a los franceses de la Hacienda de Aguilera. Hubo un combate en el que sufrimos grandes pérdidas por una y otra parte, pero al fin quedaron desalojados los franceses y rechazado un auxilio considerable que de San Felipe del Agua mandaba el General Jeanningros. Como nunca entró en mis planes la defensa de la Hacienda de Aguilera, la mandé abandonar en la noche cuando ya nadie la disputaba.

Los estragos que causaban en la fuerza sitiada los frecuentes combates que tenían por objeto impedir los aproches, y el bombardeo constante que el enemigo sostuvo sobre la plaza, así como la noticia de la pérdida de nuestra caballería y de la defec-

ción de la guarnición que había dejado en Tehuantepec a las órdenes del Coronel Remigio Toledo y los trabajos de los liberales renegados, desmoralizaron de tal manera la tropa de mi mando, que llegaron a desertarse guardias enteras hasta con sus comandantes; y un día, en un ataque que el enemigo hizo al fortín de la Libertad, el Mayor de uno de los batallones de Sinaloa Adrián Valadez, vitoreando a sus soldados los invitó a salvar el foso y se fué con más de cien hombres de los que defendían la trinchera, teniendo los Coroneles Toledo y Corella grandes trabajos para contener la desmoralización y no perder el fortín en ese día.

No fué éste el último ni el peor ejemplo de desmoralización pues pocos días después desertó un Teniente Coronel de infantería, llamado Modesto Martínez, quien fué muerto al tocar la línea enemiga, porque los puestos avanzados lo tomaron por espía.

En los primeros días de febrero recibí comunicaciones de los jefes que defendían los principales puntos en que me decían que no respondían de la situación; que era imposible con fuerza tan pequeña y desmoralizada resistir un ataque de un número tan fuerte y bien armado como era el enemigo, sobre todo cuando en los últimos días ya no había víveres de ningún género, pero que si no disponía yo otra cosa sucumbirían cumpliendo con su deber. Solamente el Coronel Don Juan Espinosa y Gorostiza que defendía el convento de la Soledad y la línea de que dicho convento era centro, no me dirigió nunca semejante comunicación, no obstante que su situación era idéntica a la de los demas.

El día 8 de febrero de 1865 se nos habían agotado por completo las municiones de guerra y de boca, y algunos días antes lo habían sido los víveres de las familias que quedaron dentro de la plaza sitiada, que aunque eran pocas, se quejaban con escándalo y en constantes manifestaciones públicas hacían alarde de su situación insostenible, quebrantando así el ánimo de los soldados que ya estaba bastante decaído.

En este estado de completa desmoralización y cuando ya la defensa no era posible, pues no solo no quedaban reservas grandes ni pequeñas, sino que la guarnición misma de los fuertes era notoriamente escasa y apenas habría podido resistir a los distintos ataques que intentó el enemigo pues no me quedarían ni mil hombres disponibles en la plaza, me pareció que no debía

yo permitir que corriera más sangre en el último asalto (1) que terminara aquella situación, por ser enteramente infructuosa toda resistencia, decidiéndome a rendir la plaza.

Inserto los siguientes documentos que refieren algunos de los incidentes del sitio de Oaxaca y fueron comunicados por nuestra Legación en Washington al Gobierno de los Estados Unidos de América, en nota fechada el 15 de septiembre de 1865, y comunicados por el Presidente, a la Cámara de Diputados de aquel país, con su mensaje de 20 de marzo de 1866. (Congreso 39o.—Cámara de Diputados—Primer período de sesiones.—Documentos del Ejecutivo No. 73. Págs 419 y 420) (2).

—Ejército de Oriente.—Brigada de Caballería.—Coronel en Jefe.—Ciudadano General.—Participo a usted que acabo de tener un rudo choque con la caballería del enemigo a la que se han heho 20 muertos, varios heridos y algunos prisioneros, quitándoles ocho caballos. Los muertos y prisioneros son de los renombrados "Húsares del Imperio", pues los traidores se rapetaron prudentemente tras las grupas de sus amos. El enemigo he sido arrollado sobre su centro; pero como trae infantería y no la tengo a la mano y debo cumplir otras instrucciones, me replegué sin precipitación.—Independencia y Libertad.—San Isidro, diciembre 18 de 1864.—Félix Díaz.—Al General en Jefe de la Línea de Oriente.—Oaxaca.

—República Mexicana.—Cuartel General de la Línea de Oriente.—En atento oficio de hoy digo al Ministerio de Guerra del Supremo Gobierno Constitucional lo que sigue.

"Por aviso oficial del Jefe de la Caballería verá usted que el enemigo avanzó el grueso de su infantería hasta la derecha de Atoyac, en terrenos de Montoya donde formó en batalla. Mandé entonces que avanzase una Compañía del Batallón de Sinaloa al mando de su Capitán Manuel Fernández, y por otra al Batallón "Sierra Juárez" que salió después con dos pequeñas piezas que dirigía el Capitán Martiniano León.

"El enemigo que seguramente esperaba, como ha preten-

(1) El Capitán G. Niox del Estado Mayor General del Ejército francés, dice en su libro "Expedición de México 1861-1867", segunda parte, capítulo III, pág. 449 que el General Bazaine ordenó el asalto de Oaxaca para el 9 de febrero de 1865.

(2) Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington.—1861-1867—volumen V. pág. 631.

didó hacer creer a sus soldados, que abandonaríamos la plaza luego que se presentasen a la vista, cambió solamente algunos tiros de artillería, y con pérdidas de algunos muertos y varios heridos; huyó en desorden hacia su campamento de Etila.

“Si los franceses han querido hacer un ensayo pretendiendo atemorizarnos, se habrán convencido que si bien los consideramos dignos por el valor, nos creemos bastantes para combatirlos y vencerlos.—Independencia y Libertad, Oaxaca, diciembre 22 de 1864.—Porfirio Díaz.—Al Gobernador del Estado de Oaxaca.”

Ejército de Oriente.—Brigada de Caballería.—Ciudadano General.—Después de la escaramuza de Etila, en que la caballería del enemigo ha tenido más de cincuenta hombres fuera de combate, he conservado la posición que se me ordenó en las instrucciones que se me enviaron.

Esta mañana, los franceses emprendieron un movimiento formal sobre esta plaza. Hice mi descubierta al amanecer, avanzando hasta San Pedro Ixtlahuaca; pero como el enemigo me rompió el fuego, permanecí en la garita del Marquesado, desde donde lo ví desfilar sin detenerse ante una guerrilla avanzada más que para recoger los heridos que ésta le hizo.

No ocurre otra novedad particular.

Independencia y Libertad.—Garita del Marquesado, diciembre 22 de 1864.—Félix Díaz.—Al General en Jefe de la Línea de Oriente.

XLIII

RENDICION DE OAXACA

Del 8 al 9 de Febrero de 1865

Guardando la plaza la situación que he bosquejado y bajo un cañoneo en brecha y bombardeo que indudablemente preludaba un asalto simultáneo a distintos puestos y fortificaciones, y no teniendo yo ya soldados en número y moral suficientes para resistir a más de un ataque simultáneamente, pues los que me quedaban apenas llegarían a 700 hombres, me decidí a rendir la plaza, y salí personalmente en la noche, a manifestar al General Bazaine en su cuartel general de Montoya y sin previo armisticio, que era innecesario el asalto que preparaba. Por estas razones y sin observar las reglas prescritas en esos casos, pasé personalmente a manifestar al General Bazaine que podía disponer la ocupación de la plaza. No mandé a un ayudante con ese objeto, por el temor de una mala inteligencia por una parte, y que el deseo del General Bazaine, por otra, de tomar la plaza por asalto, hicieran que éste tuviera lugar cuando no era ya posible resistir, y por creer que mi presencia en el Cuartel General del enemigo y mis explicaciones personales lo impedirían, pues era grande el empeño que el General Bazaine tenía por conquistarse la gloria efímera de asaltar la plaza, especialmente desde que supo que podría tomarla fácilmente por haberse agotado ya los elementos de defensa.

Como a las diez de la noche del día 8 de febrero de 1865, acompañado de los Coroneles Don Apolonio Angulo y Don José Ignacio Echeagaray, a quienes intencionalmente llevé conmigo para que presenciaran mi entrevista con el General Bazaine

salí de la plaza y me dirigí a Montoya en donde tenía Bazaine su Cuartel General. y mientras me recibían los puestos avanzados. me hizo fuego uno que había en la esquina de la calle de la Consolación; pero hablé a los soldados diciéndoles que no era yo enemigo armado, y suspendieron sus fuegos. Avancé en compañía de Angulo y de Echeagaray y el oficial que estaba encargado de ese puesto, me mandó con un destacamento a otro que estaba en la margen izquierda del río Atoyac; de allí pasamos a otro destacamento que estaba al otro lado del río, y éste nos llevó hasta Montoya.

Al manifestar al General Bazaine que la plaza no podía defenderse ya y que estaba a su disposición y creyendo que ello equivaldría a mi sumisión al imperio, me dijo en respuesta que se alegraba mucho de que volviera yo de mi extravío, que él calificó de ser muy grande, pues dijo que era criminalísimo tomar no las armas contra su Soberano. Contesté que consideraba de mi deber explicarle que yo ni me adhería ni reconocía el imperio, que le era tan hostil como lo había sido mientras estuve detrás de mis cañones: pero que la resistencia era imposible y el sacrificio estéril, porque ya no tenía hombres ni armas. Imprimiendo súbitamente a su semblante los grados de desagrado, me reprochó el General Bazaine que hubiera yo roto la protesta, que aseguraba había firmado en Puebla, de no volver a tomar las armas contra la intervención; y aunque yo negué haber firmado tal documento, el General Bazaine ordenó en el acto a su Secretario, el Coronel Napoleón Boyer, que estaba presente, que trajera el libro en que se encontraban las protestas suscritas en Puebla. Buscó Boyer mi nombre y empezó a leer en alta voz: y como yo no sólo había protestado cuando se me presentó el libro en Puebla, sino que manifesté en respuesta que no podía suscribir la protesta porque tenía sagradas obligaciones para con mi país y estaba dispuesto a cumplirlas siempre que me encontrara en aptitud de hacerlo, cuando el Coronel Bayer llegó a mi manifestación, suspendió su lectura y pasó el libro al General Bazaine, quien lo tomó, lo leyó y lo cerró, sin decirme una palabra más sobre este incidente.

Después me habló el General Bazaine de ciertas dificultades que él creía que los franceses podrían tener para ocupar la plaza, porque sabían que había muchas minas, las cuales fácilmente podían estallar. Le dije que efectivamente había algunas, pero que yo me había visto en la necesidad de des-

cargarlas, con el objeto de hacer cartuchos porque ya no tenía municiones con qué defenderme; que fácilmente podían descargarse las pocas minas que quedaban cargadas, porque yo sabía bien el lugar en que estaban, y que mandaría con ese objeto a un oficial de artillería. Así se hizo, aunque siempre estalló una mina porque un zuavo tiró imprudentemente la piola y causó la explosión.

Mandé suspender los fuegos dominantes de los cerros, y para ello fui con un oficial francés y el Coronel Angulo hasta la trinchera que quedaba frente a la nuestra. Angulo habló a Corella y éste, sacando la cabeza por la trinchera, comenzó a insultarlo y hacerle fuego por creer que se había pasado al enemigo y hecho traidor. Angulo explicó a Corella con muchas dificultades cuál era la situación y le dijo que llevaba una orden mía para que se suspendiera el fuego.

Ya no se volvió a hacer uso de las armas, y Bazaine me detuvo en su Cuartel General el resto de la noche, que pasamos allí, en un cuarto donde nos puso el mismo Bazaine, a Echeagaray, a Angulo y a mí. Yo quedé como prisionero sin saber cuál sería mi suerte, porque no pedí ninguna garantía para mí ni para los míos, pues solamente dije al General Bazaine, que podía tomar la plaza sin disparar un solo tiro.

En la madrugada de esa misma noche mandé a Echeagaray por otro lado, por acuerdo de Bazaine, para dar órdenes de que se entregaran otros puntos, y después de que amaneció me mandó Bazaine a la plaza con Don Juan Pablo Franco y una escolta de cazadores de Africa, para que diera orden de que se permitiera la entrada de los franceses, y entró tras de mí el General Brincourt con un regimiento hasta el Palacio del Estado, tomando así posesión de la plaza el ejército francés.

XLIV
CONDUCCION A PUEBLA COMO
PRISIONERO DE GUERRA

Del 10 al 28 de Febrero de 1865

Después de haber rendido la plaza a los franceses, pasé a Montoya y de allí fuí conducido en la noche del día 9 para Etle, como prisionero de guerra, con escolta y con grande exceso de precauciones, pues me conducía una compañía de zuevos a las órdenes del Comandante Chapie, hoy general de División en el Ejército francés, que era entonces Mayor del tercer Batallón del primer Regimiento de zuevos. Se me llevaba entre hileras abiertas, y fuera de esas hileras marchaba a cada lado una segunda hilera de caballería y a retaguardia y otro adelante, destacados ambos como a cien varas de distancia: y por dentro de los sembrados venían como a unos cincuenta metros a cada lado, fuerzas traidoras de caballería.

Así llegué a Etle en compañía de los Licenciados Don Justo Benítez y Don Miguel Castellanos Sánchez de los Generales Cristóbal Salinas y José María Ballesteros, y de los Coroneles José Ignacio Echaagaray y Apolonio Angulo, habiéndonos conducido hasta allí el Comandante Chapie. En Etle nos alojaron, por orden del General Bazaine, en la casa de Don José María Filio, que era la mejor del lugar y en donde Bazaine había estado alojado.

Estando en Etle se me presentó el Mayor de caballería, Vizconde de Kelan que había pertenecido al Estado Mayor del Emperador Napoleón, según él me contó, y entonces ser

vía en húsares de la Guardia. El Vizconde se encargó de nuestra custodia hasta Puebla, y nos trató con mucha amabilidad, pero a la vez con mucha vigilancia, y tomando siempre muchas precauciones. Varias veces me pedía permiso para dar el primer toque de marcha, y me preguntaba con frecuencia si deseaba yo hacer alto en algún punto, y así llegamos a Puebla. De Etle a Puebla fuimos por el camino de la Mixteca y Acatlán, y siguiendo al General Bazaine, en su regreso a la ciudad de México.

